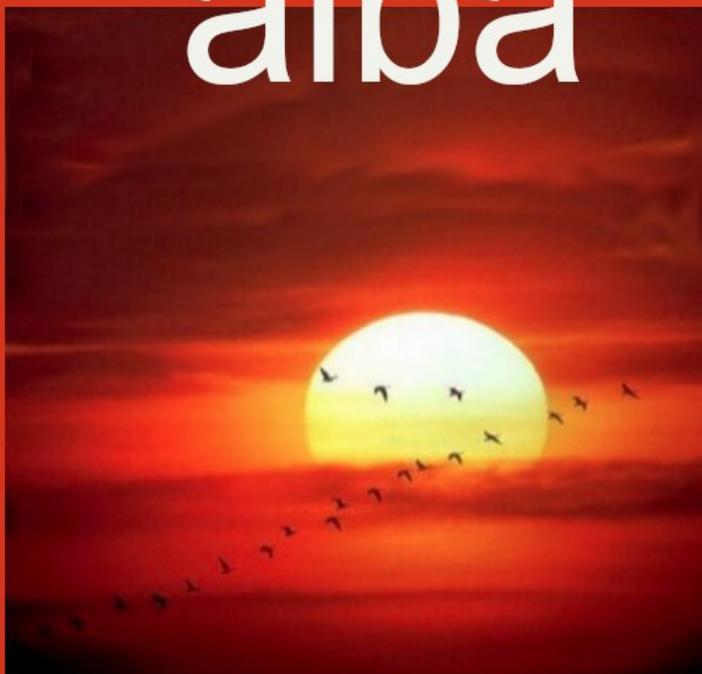


La luz del alba



Javier Lozano

Como todos los sábados del año, se levantó a las ocho en punto de la mañana. No tenía que acudir al trabajo y se permitió el lujo de permanecer unos minutos en la cama mientras se desperezaba y estiraba los músculos.

Tras ducharse, secó su cuerpo meticulosamente: primero la espalda, pasando la toalla de derecha a izquierda y de izquierda a derecha; luego, el pecho y los brazos; más tarde, las piernas apoyando el pie sobre la banqueta para facilitar su labor. Hay que eliminar todo rastro de humedad, se repitió una vez más, para evitar irritaciones y alergias en la piel.

Desayunó tres dedos de café con un chorrito de leche y dos tostadas, las dos con una de las caras un poco más hecha que la otra. Sobre cada uno de esos lados más dorados extendió una cucharadita de mermelada. Acabado el desayuno, se relajó unos segundos, bostezó, estiró los brazos, respiró profundamente y bajó después a comprar la prensa del fin de semana.

De vuelta en casa, se arrellanó en su sillón favorito. Consultó el reloj: tenía cincuenta y ocho minutos por

delante hasta que fuera la hora de ir a hacer las compras. Sacó del paquete el primer pitillo del día. Lo olió, lo hizo rodar sobre las palmas de las manos, se lo introdujo en la boca y lo encendió. Tras la segunda calada, se dispuso a sumergirse en la lectura. Empezaba siempre por la revistilla que se vendía los sábados junto al periódico. Primero un vistazo, luego una lectura más detenida.

El suplemento, en verdad, tenía poca sustancia. La mayoría de artículos eran prácticamente publicidad encubierta, textos breves con mucha foto destinados a vender toda clase de productos, desde perchas de diseño hasta los más inverosímiles artilugios electrónicos. Luego estaban los cotilleos de actores, actrices, políticos, artistas de diversos pelajes y de algunos curiosos ejemplares de oficio indefinido, cuyo único mérito parecía residir precisamente en salir con asiduidad en los medios de comunicación. La hojeaba distraído. Sólo se detuvo en los chistes y en la observación de unas espléndidas fotos del desierto argelino. Llegó al horóscopo. Siempre leía la predicción de su signo. No podría afirmarse que tuviera fe en esas cosas, pero le parecían un mensaje personal. Cuando alguien se molestaba en intentar hablarte de tu propia vida, pasarlo por alto sería casi una falta de educación.

Semana del 7 al 14 de Abril, leyó. Escorpio. Sobre su inmediato futuro se cierne la sombra. El día 10 de abril podría enfrentarse a una situación crítica. Si no la aborda de forma adecuada, estará en riesgo su vida. Guárdese de la luz del alba.

Se quedó inmóvil, mirando al vacío. No era posible. Nadie podía haber escrito algo así. Pensó que había leído mal o incluso que se lo había imaginado. O que se había detenido antes de acabarlo y no había llegado a las aclaraciones que lo dotarían de sentido. Apartó de su mente la sensación de incomodidad, se serenó, intentó concentrarse y repitió la lectura:

Semana del 7 al 14 de Abril. Escorpio. Sobre su inmediato futuro se cierne la sombra. El día 10 de abril podría enfrentarse a una situación crítica. Si no la aborda de forma adecuada, estará en riesgo su vida. Guárdese de la luz del alba.

Eso era todo. No había nada más, ningún otro comentario, ni añadido alguno. Lo siguiente eran ya las predicciones sobre Sagitario.

Sintió un rencor sordo. Un latigazo de malestar recorrió todo su organismo. ¡No había derecho a que alguien hubiera escrito algo así! ¡Maldito majadero! Aquello estaba fuera de sitio. El suplemento era una revista ligera, destinada a hacer más agradable el ocio del fin de semana. No se podía ir por ahí alarmando a la gente de forma gratuita. Si pretendía ser una broma, no tenía la menor gracia. Ni humor ni tan siquiera ingenio: la luz y la sombra, el yin y el yang, el bien y el mal, la tesis y la antítesis, la contradicción como mensajera de la cursilería. ¡Si al menos se hubieran esforzado un poco en ser más originales!

Hizo cuentas: el suplemento semanal tenía alrededor de un millón cuatrocientos mil lectores. Si la

curva de nacimientos era regular a lo largo del año, hipótesis que no se iba a molestar en confirmar, dividiendo entre los doce signos del zodiaco resultaban un total de ciento dieciséis mil seiscientos sesenta y seis escorpions. Hacía poco había leído una encuesta que aseguraba que el treinta y cuatro por ciento de la población creía en la astrología. Aplicando ese porcentaje, treinta y nueve mil seiscientos sesenta y seis lectores se creerían a pies juntillas la amenaza. Unos días de angustia para casi cuarenta mil personas. Y para el resto, tuvo que reconocerlo en sí mismo, siempre quedaría un poso de duda, al menos hasta que hubiera pasado la fecha fatídica que anunciaban.

No era aún la hora habitual, pero decidió que tenía que desahogarse con alguien y bajó al bar. El camarero le saludó efusivamente:

-¡Buenas, don Antonio, temprano andamos hoy!

-Ponme lo de siempre, por favor.

El camarero le preparó un café largo en vaso, con una manchita de leche que apenas coloreaba el líquido negruzco.

A esas horas de la mañana de sábado, el local estaba aún vacío. El camarero le sirvió el café y se acodó en la barra dispuesto a darle palique.

-¿Y qué hay de bueno?

-De bueno, poco. No sé adónde vamos a llegar. Todo vale con tal de vender. El amarillismo se está comiendo a los periódicos serios y la culpa es de los

propios periodistas, que no respetan su profesión ¿Tienes la prensa por ahí? Te voy a enseñar algo que te va a dejar de piedra.

El camarero le acercó los periódicos del día. Don Antonio seleccionó el suplemento en cuestión y ordenó el resto en una pila con los bordes perfectamente alineados. Pasó nerviosamente las páginas, mojándose de vez en cuando de saliva el dedo índice, hasta dar con el horóscopo.

-Mira, a ver qué te parece. *Escorpio*- leyó en voz alta-. *La semana será positiva en general. Recobrará de forma inesperada una vieja amistad que le proporcionará grandes satisfacciones* -había ido bajando el volumen de su voz y acabó leyendo para sí mismo -. *Mejoría en el terreno económico. Controle su alimentación para evitar problemas digestivos.*

-Pero.... -balbuceó -no es posible.

Volvió a leer en silencio y todavía necesitó una tercera lectura para despejar cualquier duda. Sí, era eso lo que ponía. Entonces...

Vio que el camarero le observaba con mirada interrogativa, pero no se sintió con fuerza para dar explicaciones. Depositó la revista sobre la barra.

-Es que... Es que... -sin acertar a decir nada más, dejó unas monedas en el mostrador y se dirigió a casa.

El camarero se encogió de hombros. ¡Sin tan siquiera tomarse el café, qué mosca le habría picado!

Don Antonio caminó con paso agitado hasta su vivienda. Nada más llegar, abrió de nuevo el semanario por la página del horóscopo y volvió a leerlo con impaciencia:

Semana del 7 al 14 de Abril. Escorpio. Sobre su inmediato futuro se cierne la sombra. El día 10 de abril podría enfrentarse a una situación crítica. Si no la aborda de forma adecuada, estará en riesgo su vida. Guárdese de la luz del alba.

Era el mismo periódico, el mismo suplemento, la misma fecha, no cabía duda. Allí estaban las fotos del desierto, la misma portada, los mismos reportajes insulsos. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué estaba pasando?

Sintió un ligero vértigo y cerró los ojos un instante. *Piensa*, se dijo a sí mismo, *tiene que haber alguna explicación lógica*. Estaba el hecho comprobado de que dos revistas, en lo demás idénticas, tuvieran diferentes horóscopos correspondientes a su signo. Tal vez fueran distintas ediciones, aunque no se distinguieran por ningún signo externo. ¿Pero, por qué? ¿Qué buscaban?

Era la hora de hacer las compras, pero se sintió incapaz de seguir su ritmo de vida habitual. Tenía que enfrentarse a aquel misterio y medir el valor real de la amenaza. Después de sopesarlo detenidamente, decidió que el primer paso sería ir al periódico. El autor del horóscopo le debía una explicación detallada.

Había ya cerrado la puerta a sus espaldas, cuando un pensamiento le hizo volver sobre sus pasos: no podía olvidar su ejemplar de la revista, sería una enorme torpeza dejar en casa la prueba del delito.

El edificio de la redacción estaba en un polígono de las afueras y le llevó su tiempo tomar el autobús hasta allí y caminar las tres manzanas que lo separaban de la parada. Saludó al vigilante que custodiaba la puerta, entró al vestíbulo y se dirigió al mostrador tras el que se sentaba un portero de uniforme.

-Buenos días, -saludó don Antonio – quisiera hablar con los responsables de la sección del horóscopo. Le parecerá a usted extravagante, pero le aseguro que es de la mayor importancia.

-¿Tiene usted cita?

-No, pero...

-Lo siento mucho, pero si no tiene cita no puedo dejarle pasar.

-Pero... ya le he dicho que es importante. Es... cuestión de vida o muerte.

-Y yo le he dicho que mis órdenes son no dejar pasar a nadie que no tenga cita -el portero empezaba a impacientarse.

Don Antonio suspiró y decidió que tenía que explicarse mejor:

-Verá usted, yo soy escorpio ¿eso no le dice nada?

-Y yo piscis, pero no veo qué...

-¿No ha leído el horóscopo del suplemento?

-Pues no...

-¡Claro, empecemos por ahí! ¿Tiene un ejemplar a mano?

El portero se quedó mirándole unos instantes, luego resopló. Mejor seguirle la corriente, a ver si se libraba de aquel sujeto de una vez. Rebuscó entre diversos periódicos y revistas colocados sobre el mostrador hasta encontrar lo que buscaba.

-Lea, por favor, lea usted la predicción para escorpio -le dijo don Antonio.

El portero se caló las gafas y comenzó a leer sin demasiada soltura, silabeando en algunas palabras:

Escorpio. La semana será positiva en general. Recobrará de forma in-es-pe-ra-da una vieja amistad que le pro-por-cio-nará grandes satisfacciones. Mejoraría en el terreno económico. Controle su a-li-mentación para evitar problemas digestivos.

Acabada la lectura, se le quedó mirando en busca de alguna aclaración.

-Sí claro -dijo don Antonio -esa es la otra edición.

-¿La otra edición? -se sorprendió el portero. -Sólo hay una.

-Menos mal que he traído el mío -don Antonio le tendió la revista abierta por la página del horóscopo -. Mire lo que está escrito en él.

El portero repitió la lectura, ahora con mayor soltura:

-Escorpio. La semana será positiva en general. Recobrará de forma inesperada una vieja amistad que le proporcionará grandes satisfacciones. Mejoría en el terreno económico. Controle su alimentación para evitar problemas digestivos -dejó la revista sobre el mostrador -. Bien, ya lo he leído dos veces.

En el rostro de don Antonio se dibujó un gesto de incredulidad. Se olvidó por un instante de los buenos modales, agarró su ejemplar de un tirón y comenzó a leer para sí mismo: *Escorpio. Sobre su inmediato futuro se cierne la sombra...*

No fue capaz de continuar. Sintió que se le aflojaban las piernas y tuvo que apoyarse en el mostrador.

-Pero, pero.... -no supo añadir nada más, se volvió a guardar la revista, giró sobre sus talones y se marchó con paso vacilante sin tan siquiera despedirse.

Cuando llegó a casa, aún tenía los nervios a flor de piel. Repasó el horóscopo un par de veces y luego, abatido, dejó la revista sobre la mesa. Era un lector competente. Aunque leyera aquella horrible predicción un millón de veces, siempre encontraría lo mismo: la sombra sobre su futuro, la amenaza para su vida y el consejo de guardarse de la luz del alba. Eso y sólo eso era lo que estaba escrito.

Lo extraordinario era que el mensaje únicamente estuviera impreso en su ejemplar y, lo que era aún más increíble, que sólo él fuera capaz de leerlo. No alcanzaba a comprender cómo lo habían conseguido, pero debía

considerarlo un hecho cierto y comprobado. Alguien, un completo desconocido, había logrado enviarle un aviso que sólo él era capaz de descifrar. Sorprendente, muy sorprendente, pero lo peculiar del método elegido no hacía sino añadir credibilidad a la amenaza. Debía tomársela muy en serio y tomar las medidas necesarias para conjurarla.

¿Qué podía ser esa sombra que se cernía sobre su futuro? Era un término tan vago que podría referirse casi a cualquier cosa. Lo de la luz del alba tampoco era demasiado explícito. En su cabeza, no sabía muy bien por qué, se dibujaba la imagen de un siniestro pistolero que llegaba al amanecer a un poblado del oeste. Un jinete, un jinete oscuro, algo similar a los del apocalipsis dibujados en los códices medievales: una calavera montada en un negro corcel empuñando una guadaña con la que segar vidas humanas. Un riesgo incierto. La fecha, por el contrario, era exacta. El dato que debía considerar era que el peligro, fuera lo que fuese, llegaría al amanecer del 10 de abril.

Caía en jueves. Bien, decidió que ese día no iría a trabajar. Alegaría un dolor de cabeza, un amago de gripe o cualquier otra excusa que se le ocurriera. Tampoco pasaría nada por faltar al trabajo, en los últimos veinte años no había cogido una sola baja. Se quedaría en casa. Era un territorio acotado en el que estaría más seguro. Cerraría la puerta a todo riesgo, la convertiría en una fortaleza inexpugnable desde la que hacer frente con éxito a la amenaza.

* * *

Llegó el día señalado. La noche anterior apenas pudo dormir. Pensó en tomar algún somnífero, pero no se decidió a hacerlo. Lo de la luz del alba también podría ser algún tipo de droga, a veces les ponen nombres bien ridículos y vaya usted a saber qué meten en las pastillas. Así que permaneció dando vueltas y más vueltas en la cama, sin poder pegar ojo hasta que, a las siete de la mañana, sonó el despertador. Se levantó y miró por la ventana: ya se adivinaba la primera luz del día.

Encendió la linterna que había preparado y desayunó café frío, pan sin tostar con algo de embutido y una naranja. Tenía cortados el gas y la corriente eléctrica desde la tarde anterior. Pensó que gas y electricidad eran las mayores fuentes de peligro en el hogar y, además, podían tener relación con la luz y quién sabe si con la mentada luz del alba.

Acabado el desayuno, se sentó en el sofá y se dispuso a dejar pasar las horas de la mejor manera posible. Había elegido dos libros para que le hicieran compañía: una gruesa novela policiaca y una antología de la poesía de Quevedo.

No tuvo suerte con la novela. No consiguió dejarse atrapar por su trama. Tenía el pensamiento en otros lugares y se perdía hasta en la cuenta de los asesinados. Más de una vez tuvo que releer alguna página, porque

había llegado mecánicamente hasta el final sin registrar su contenido. Desanimado, la abandonó encima de la mesa.

Probó fortuna con Quevedo:

*A vosotras, estrellas,
alza el vuelo mi pluma temerosa,
del piélago de luz ricas centellas;
lumbres que enciende triste y dolorosa
a las exequias del difunto día,
huérfana de su luz, la noche fría;*

En su cabeza tan sólo permaneció un puñado de palabras, destellando como luces de neón: *piélago de luz, exequias del difunto día, huérfana de su luz...* ¡Esa maldita luz que aparecía en cualquier parte! ¡Era todo tan fúnebre!

Desistió también de leer a Quevedo y buscó otra alternativa. Don Antonio consultaba a menudo *El porqué de los dichos*, de José María Iribarren. Le resultaba muy gratificante indagar el origen de proverbios y sentencias de uso habitual. Acostumbraba a abrir el libro al azar y señalar con los ojos cerrados alguna expresión o frase histórica. Leía luego las explicaciones del autor y reflexionaba sobre su vigencia y sus posibles usos.

Sacó el libro del estante, lo abrió sin mirar y señaló un párrafo con el dedo. *Hermano, morir habemos*, leyó el título del apartado. Sabía que, según Iribarren, el dicho provenía de los monjes trapenses y que debía

contestarse: *ya lo sabemos*. En lugar de hacerlo, suspiró y buscó otro. Esta vez la suerte le condujo hasta *A morir los caballeros*. Resopló con enojo y tampoco lo leyó. Cuando, al tercer intentó, le tocó *Ser como la gansa de Cantimpalos que salía al lobo al camino*, decidió que no era su día, devolvió el libro a la estantería y se derrumbó en el sofá.

Puso la radio. Sólo en algunos momentos consiguió escucharla con cierta atención, pero, con todo, el arrullo de voces humanas le hacía compañía y le proporcionaba un mínimo de tranquilidad.

Fue pasando la mañana. El alba iba quedando cada vez más lejos y, con ello, se fortalecía su esperanza.

Al mediodía tomó algo de fruta y un poco de embutido. Fue incapaz de comerse la tortilla fría con pimientos que había preparado.

Pasó la tarde tumbado en el sofá, los ojos cerrados sin conciliar el sueño, escuchando la radio sin hacerle demasiado caso. Quedaba lejos el alba, pero estaba firmemente decidido a no abandonar su refugio mientras hubiera luz del día. Tenía que pisar sobre seguro y no se iba a impacientar ahora por esperar unas horas más.

Al fin anocheció en la ciudad. Don Antonio se asomó a la ventana y estuvo un rato contemplando sus luces: anuncios que se encendían y apagaban, el tráfico dibujando un río dorado, las filas de farolas que ponían su orden geométrico en el espacio... ¡Nunca le había

parecido tan bello el espectáculo! Esto era la civilización, un abrigo confortable que nos protege de la barbarie.

Volvió a conectar la electricidad y abrió la llave del gas. Tenía el cuerpo entumecido y decidió salir a dar un paseo. A la vuelta, se prepararía una buena cena y se iría a la cama a dormir a pierna suelta. Todo había terminado. Quizás se había preocupado en exceso por una amenaza sin sentido, el futuro no está escrito en las estrellas. Era patético haberse dejado arrastrar por el miedo irracional.

Caminó a buen paso por la avenida, canturreando una vieja canción de amor que todavía conservaba algún sentido para él:

*Se me olvidó que te olvidé
y me volvió a sangrar la herida.
Se me olvidó que te olvidé
a mí que nada se me olvida.*

Él también fue joven alguna vez. Harina de otro costal, pensó, es lo que ocurre hoy en día, que se sobrevalora lo que no es más que una circunstancia pasajera de la vida y se considera un mérito el andar de la ceca a la meca, metido en toda clase de berenjenales.

Es cierto que don Antonio caminaba ligero. Se había quitado un enorme peso de encima y eso había puesto alas en sus pies. Es igualmente cierto que iba embebido en sus pensamientos. Pero nunca nadie podría acusarle de haber cruzado una calle por lugar indebido. Esta vez,

como lo hacía siempre, también atravesó por el paso de cebra. La culpa fue de la furgoneta, que circulaba al triple de la velocidad permitida y no pudo frenar a tiempo.

El impacto fue brutal. Don Antonio voló por los aires. Su cabeza fue a chocar con terrible violencia contra el filo de la acera. Según el informe del forense, la muerte fue instantánea.

Así que podemos dar por seguro que nunca llegó a leer los enormes rótulos pintados de amarillo sobre fondo azul en ambos costados de la furgoneta: *La Luz del Alba, transportes urgentes*.